–

# La tierra es pa’l que...

**Sandy Lorena Gómez Rojas**

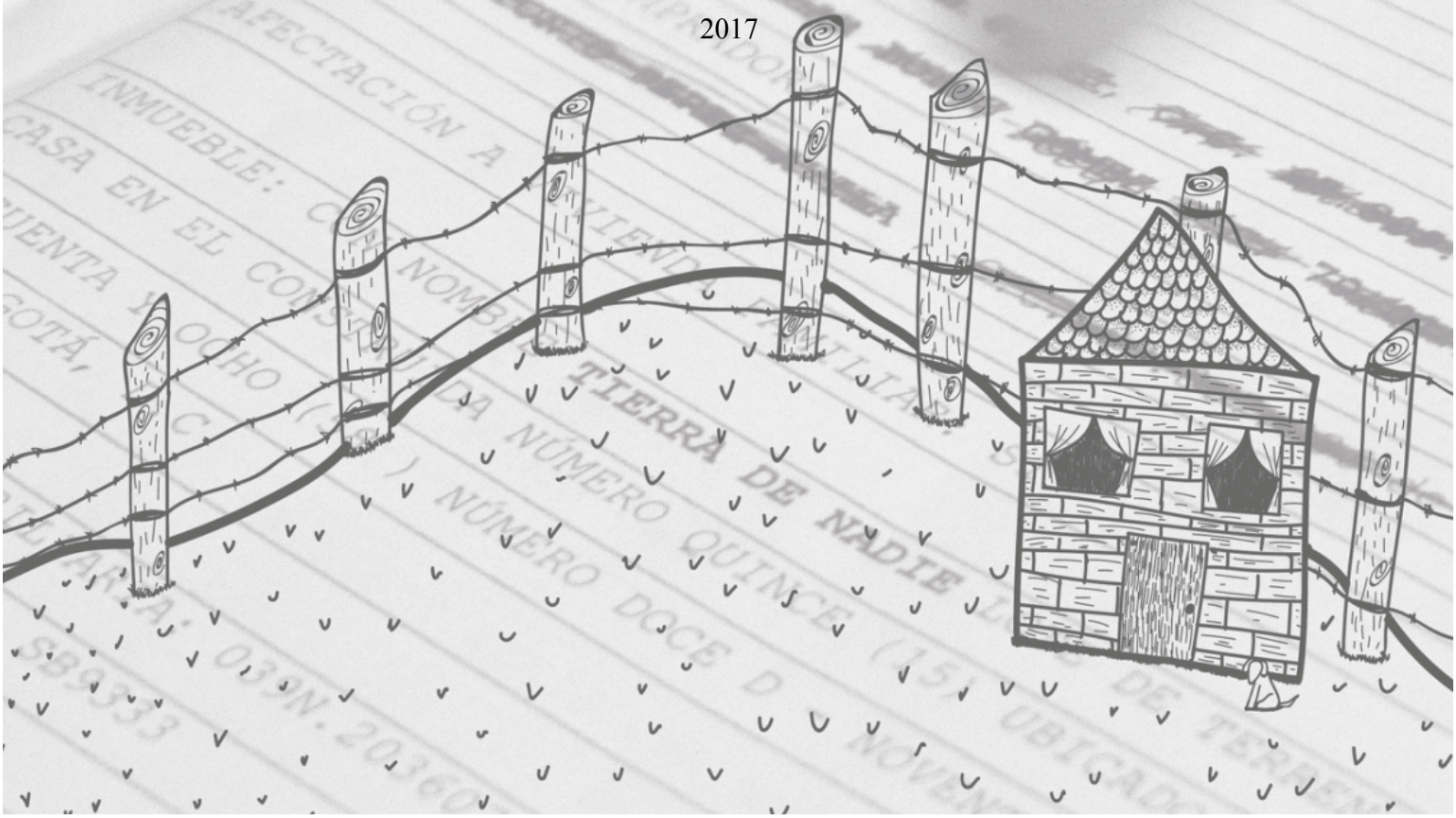
Universidad Distrital Francisco José de Caldas

Facultad de Artes ASAB

Artes Plásticas y Visuales

Bogotá

2017



# Agradecimientos

Agradezco primero a mis padres Juan Vicente Gómez Chizababa y Ernestina Rojas Herrera por ese amor incondicional, la paciencia y el apoyo durante todo este proceso, a mi hermana Claudia Gómez por ser esa persona a la cual le debo mi carrera, por no apártese de mi lado, por sus consejos siempre acertados y oportunos.

A Rafael Méndez, ese maestro que me guió por el camino, que aunque no fue fácil siempre hubo una palabra para continuar, una película de la cual hablar e incluso una noticia que debatir que resultaba útil para continuar con el trabajo.

A mis amigos y mi equipo de trabajo, Camilo Restrepo, Juan Naar, Estefanía Sánchez y Aixa Pacheco que siempre me dieron la fuerza para continuar con este proyecto, que juntos soportamos las largas jornadas de trabajo. También a Jennifer Guerrero, Teodoro Duque, Javier Benavides, Jorge Gaitán y Carolina Rodríguez por brindarme su apoyo.

A los profesores que a lo largo de mi carrera, me enseñaron con paciencia y dedicación y sobre todo que, incentivaron en mí el gusto por el cine y los medios audiovisuales.

A casa 40 por abrirme las puertas de su casa para realizar la filmación.

Y a todos ustedes por leer este trabajo.

# Abstract

La adjudicación de la tierra constituye el eje fundamental de mi relato. Se combina con la historia de un país como Colombia, remontándose a la época precolombina hasta alcanzar el presente, donde la posesión de la tierra se ha convertido en un problema jurídico y social de difícil solución. Para comprender el tema agrario se abordan tres relatos fundamentales: el primero, mi historia familiar y personal; la búsqueda de una tierra escriturada por mis abuelos y mi niñez en su casa, el segundo abarca el análisis de las leyes agrarias que han gobernado al campo colombiano y el tercero, la historia de Colombia. Cada relato se articula con los otros para ofrecer un texto que permite comprender el tema de la tierra en un país que ha sufrido en gran medida por la apropiación de la misma.

## Palabras clave

*Tierra, campo, baldíos, niñez, escritura pública, historia de Colombia, leyes agrarias, Colombia.*

# Índice


Agradecimientos 1

Abstract 2

Palabras clave 2

Introducción 4

Capítulo I 5

Inocencia 5

Origen 6

La madre Bachué 9

Tazas, cuevas y abuelas 12

Mis abuelos 18

Capítulo II 23

De buena fe 23

Olvido 24

¿Y cómo fue el problema de la tierra? La Colonia 28

¿Y cómo fue el problema de la tierra? La República 33

La tierra dividida en dos 39

Dos décadas para partir 41

La búsqueda de un lugar llamado hogar 43

Los engañados 45

El pleito por el predio 46

Capítulo III 48

No hay final 48

Bibliografía 50

# Introducción

El centro de todo lo ocupa la tierra que cultivamos, la tierra que nos da la vida. Esta tierra se representa en un lugar particular: la casa de mi infancia. Un espacio lleno de flores, árboles y canciones que nunca quise abandonar, donde convivíamos entre las papas, las vacas y los recuerdos. Un paisaje maravilloso donde encontraba a Bachué conviviendo con María, donde los rosarios eran tan importantes como el conocimiento y uso de cada planta.

Sin embargo, con los años crecí y pronto me alejé de aquel lugar. Vi cómo nos consumía la codicia y el poder nos atraía, cómo la tierra era raptada por aquellos que asumieron tal autoridad: la violentaron, la tomaron por la fuerza y en cada una de sus acciones, rememoraron los horrores de la humanidad. Vi escrituras firmadas por personas interesadas en el latifundismo, vi cómo las leyes ayudaban a los más adinerados y también cómo nos íbamos olvidando de los cantos, las flores y las papas.

Este es el trayecto que atraviesa mi historia, la historia de mi familia y la historia de Colombia; un recorrido que inicia con mi testimonio, franquea los territorios precolombinos, las leyes agrícolas durante la Colonia, pasa por la Independencia y las guerras civiles hasta terminar en nuestros días. Un recorrido que demuestra la difícil situación agraria, el descuido hacia los campesinos y la búsqueda de mi familia por un terreno propio.

# Capítulo I

## Inocencia

¿Alguna vez imaginaste tener un poder especial, un poder que te ayudaba a imaginar seres y otorgarles fuerzas o habilidades increíbles? En mi caso, cuando era pequeña fantaseaba con tener el don de crear seres humanos, personajes como los amigos imaginarios: muñecos, figuras de plástico o tela que en mi mente tenían vida. También intentaba transmitir vigor a cosas inanimadas: la ropa, los esferos o los ganchos para el cabello. En conjunto, todos estos personajes me ayudaban a entender el mundo. Asimismo, durante esos años de mi infancia mis padres me regalaban arcilla, yo jugaba con la tierra y en el colegio, durante un tiempo breve, hubo una caja de arena. Así, recuerdo formar personajes de arcilla, arena y tierra; seres que no venían solos pues les elaboraba cosas útiles como casas, floreros o escritorios.

Esto que acabo de contar hace parte de un principio básico de nosotros como seres humanos: concebir relatos para entender lo que nos rodea por medio de personajes que nos explican cómo es el mundo. Dichos relatos pueden ser cuentos, fábulas o simples anécdotas. De manera específica y para comprender mi mundo, mis relatos están ligados a la relación que tengo con la tierra donde crecí y la manera como interactué con ella.

Por otra parte, siendo los relatos necesarios para entender mi mundo y mi relación con la tierra elementos de tipo mitológico, aquí surge otra pregunta: ¿qué son los mitos? Y aunque la mayoría conoce su definición, su análisis podría esconder varias historias, su respuesta nos permitiría observar el

territorio desde un punto de vista primigenio y sobre todo nos permitiría identificar cómo este tipo de relato afectó mi relación con la tierra.

## Origen

Un mito surge en la colectividad, en la reunión de un grupo de personas en torno a una historia. Dicho grupo habita un territorio determinado, desarrolla su relato de acuerdo a la región donde vive y evidencia en él características especiales que dan cuenta de tal lugar. El mito relata una historia sagrada, es decir, un acontecimiento primordial que tuvo lugar en el comienzo del tiempo. Más que relatar una historia, el mito equivale a revelar un misterio pues sus personajes no suelen ser seres humanos: son dioses o héroes civilizadores (Eliade, 1973: 84). Estas historias explican sucesos que desconocemos, el origen, la muerte, los fenómenos naturales y otros elementos que son ajenos o de difícil comprensión. Alrededor de los mitos, que adquieren un carácter sagrado, se gestan rituales y demás manifestaciones propias de los colectivos humanos.

La anterior definición contiene una palabra: sagrado. Es importante identificarla y conocer su relación con el mito. Lo sagrado posee un vínculo con el acto misterioso: con la manifestación de algo completamente diferente, de una realidad que no pertenece a nuestro mundo. Lo sagrado puede manifestarse en las piedras o en los árboles. Lo sagrado es aquello que nos conecta con ese otro mundo, el de los mitos: un árbol determinado se convierte en sagrado al tener un lugar especial dentro del relato perdiendo al mismo tiempo su valor útil, su valor en nuestro mundo lleno de acciones cotidianas. Del mismo modo, los objetos sagrados nos acercan a los dioses, como lo señala Eliade (1973: 19): “Al manifestar lo sagrado, un objeto cualquiera se convierte en otra cosa sin dejar de ser él mismo”. Esta idea de lo sagrado trae a mi mente muchos recuerdos, en especial las acciones de mi abuela, quien profesa la religión católica y es una fuerte creyente de la Virgen María.

En dicho credo existe una fuerte devoción dirigida a la Virgen María. Tradicionalmente, el mes de Mayo es dedicado a alimentar este fervor y en mi casa no podían faltar tales conmemoraciones. Por ejemplo y de manera especial, existe una tradición que se celebra el trece de mayo, día que conmemora cuando la Virgen hizo su aparición en Fátima (Portugal). Durante ese mes, mi abuela también realiza un cruz artesanal. Para su fabricación, en mi casa se reciclan los materiales: alguna rama de árbol o un trozo de madera que sobrara de los arreglos de la casa y mi abuela, muy devota, la decora con hojas y flores de papel. Finalmente, esa cruz se lleva a la iglesia para ser bendecida y se coloca a la entrada de la casa. Este ritual revela que esos elementos pertenecientes a este mundo material, a este mundo de objetos útiles que cumplen una función determinada, pasan a ser parte de ese otro mundo, ese mundo de oraciones y cantos a María. Durante el año posterior, esa cruz se volvía intocable, a lo largo de ese tiempo se le rezaba y al mayo siguiente simplemente regresaba al mundo material y humano cuando era arrojada a la basura. Mi abuela construía entonces una nueva cruz que nos acompañaría durante un año más, así hasta el día de hoy. Aunque debo confesar que para mí este rito no poseía ningún sentido pues sólo consistía en ver una cruz diferente cada cierto tiempo, un día vi a mi abuela muy concentrada haciendo las flores de papel y comprendí la importancia de esta acción dentro de la casa. Este acto constituye la renovación de una fe, el regreso al origen, en este caso a María; es actualizar el mito, estar de nuevo con ella.

Este tipo de acciones están presentes en muchos mitos y culturas. Incluso, sin ser practicantes o creyentes de ninguna religión, conservamos acciones que se alejan de este mundo, objetos que pasan al otro, como coleccionar monedas o guardar un objeto que para nosotros sea muy especial.

Debo agregar que, indagando entre las definiciones de mito, encontré a Joseph Campbell. Él define a los mitos como “relatos de orden religioso que representan el despliegue de la eternidad en el tiempo y la búsqueda humana por elevar la espiritualidad individual y colectiva” (Campbell, 2000: 15). Debo ser muy honesta con esta definición porque, en un principio, no vi la trascendencia que podía poseer, incluso llegué a mencionar dicha afirmación en el escrito sólo

porque me resultaba atractiva. Sin embargo, al releerla varias veces, encontré en ella un punto importante para comprender el mito.

Recordarán el acto de la cruz, esa acción que se realiza todos los años en mi casa en el mes de mayo y cómo mi abuela la construye, con mucha dedicación. Tal es el ejemplo para entender lo que nos muestra Campbell, ese despliegue en el tiempo, tiempo que se vuelve sagrado: Tiempo sagrado.

Este concepto es, por su propia naturaleza, reversible, pues se trata, propiamente hablando, de un tiempo mítico primordial[1] hecho presente. En el caso de la cruz de mayo, el tiempo primordial consiste en regresar al momento de la aparición de María. El tiempo sagrado es, por consiguiente, indefinidamente recuperable, indefinidamente repetible, y esto lo comprendí al ver todos los años a mi abuela, cuando recogía la madera y las hojas, creaba sus flores y armaba su cruz. Esa acción que se repite en el tiempo sagrado se vuelve eterna, deja de ser horizontal para pasar a un tiempo recuperable donde se reintegra periódicamente mediante la experiencia de los mitos (Campbell, 2000: 63-64).

De acuerdo a lo anterior, no cualquier relato es mito, tiene que insertarse en lo profundo del ser. Considero que el mito es un relato que nos transporta a otra realidad y para llegar a ella, debemos realizar una serie de acciones que nos unan a ese ser que llegó en el tiempo primordial. En este punto encontramos muchos ejemplos, una de las narraciones más aceptadas en nuestra cultura es el relato de la creación del mundo por parte del Dios cristiano[2]; aquel que nos creó del barro. Pienso que muchos miembros, dentro de la religión cristiana católica, crecimos realizando acciones para confirmar la pertenencia a esta creencia. Una de las prácticas más conocidas es el rezo del rosario, útil para recordar la historia de Jesús y María. Aunque pueda sonar extraño proviniendo de una familia completamente católica y practicante, nunca he rezado un rosario completo, ese acto nunca lo llegué a comprender, aunque no niego la devoción a la figura de

[1] Tiempo primordial: el tiempo donde se origina una acción que cambia el mundo y a los hombres, donde el caos se vuelve cosmos, donde el mundo por acción de un ser superior se organiza.

[2] Dios cristiano, aunque comparte similitudes con los dioses de otros pueblos, en este caso se refiere al Dios que me indicaron, cuando pequeña, como el dador de la vida.

María, a su imagen maternal que, desprovista de odio y quien con amor guía a la humanidad (esto lo escribo tal y como me lo enseñaron en el colegio), y en quien muchos católicos creen en ella con devoción.

Continuando con ese tiempo sagrado y comprendiendo el valor de los mitos en la construcción del hombre, es importante observar el mito del Dios católico. Aunque nunca me sentí llamada a realizar acciones en torno a él, algo quedó en mi inconsciente, razón que da cuenta de la elaboración de esos personajes nacidos de la arcilla. Es importante notar cómo las enseñanzas y los relatos mitológicos transmitidos generacionalmente, quedan en nuestros más profundos pensamientos y cómo estos, de una u otra manera salen a la luz. Recuerdo que en mi casa, en mi colegio e incluso durante esas visitas obligadas a la iglesia, siempre se decía que Dios había creado al hombre a su imagen y semejanza, que había sido en el barro donde esculpió al primer ser humano. Ahora confieso que esa historia marcó mi niñez, porque al estar tan inmersa en un lugar donde la relaciones con los mitos eran tan fuertes, llegué a creer que yo tenía el mismo don que ese dios y podía crear la vida a partir de los elementos más básicos, como la arcilla, mi material favorito. Tal fue el primer contacto con la tierra, con la arcilla y con un juego simple que lleva inmerso en su interior una comprensión del mundo y una dinámica de relación con él.

## La madre Bachué

Es primordial entender que, el lugar donde crecemos ejerce una enorme influencia en lo que creemos. Es preciso comprender la importancia de los mitos fundacionales y su aporte a la conformación de los elementos de la identidad común. El mito hace parte integral de los pueblos y de los grupos sociales, es la construcción y decodificación del imaginario colectivo; no se valida en la veracidad histórica, sino en su función social (Valenzuela, 2000: 17). Teniendo en cuenta lo anterior, y para comprender los mitos dentro del territorio donde crecí, el cerro La Conejera, es necesario buscar en mi historia y realizar una serie

de conexiones entre ellos.

Asumiendo la tierra como motivo principal en este documento, identificamos diversas narraciones enfocadas en ella, las construcciones sociales y su relación con los relatos mitológicos. Campbell (1988: 24) decía: “los mitos son pistas de las potencialidades espirituales de la vida humana”. Es cierto, esa búsqueda de relatos exalta, narra los orígenes y ayuda al hombre a comprender su lugar en el mundo.

Retomando a Campbell (1988: 33) encuentro una anécdota que se relaciona con mi niñez: él narra en una entrevista que una de las grandes ventajas de una formación católica es que enseña a tomar en serio el mito, a dejarlo operar en nuestras vidas y a vivir en función de sus temas. Estando tan sumergida en un ambiente católico, siempre me fascinaron las historias que se narran dentro de la iglesia, sin embargo, pronto comprendí que ellas no eran las únicas que componen el mundo, que existen más mitos habitando en un mismo lugar. Es allí donde comencé a conocer otros relatos y personajes míticos que construyeron otras sociedades con otros rituales; ver otros mitos ayuda a comprender que dentro de este fragmento de tierra conviven muchas tradiciones.

Buscando otros mitos que convivieran en un mismo espacio, recordé que lejos de las iglesias y actos católicos, en un país como Colombia, cohabitamos con otras culturas y por consiguiente, con otros relatos mitológicos y otros seres que nos ayudan a entender el mundo. Estos relatos son tan diversos que sería una tarea compleja hablar de todos, por ello, en este texto, que constituye un esfuerzo por entender la tierra a través de algunas historias, sólo me centraré en un relato mitológico que ha marcado varios sucesos de mi vida y por supuesto de la tierra.

Así como conté previamente la historia del hombre que nació del barro y que me había motivado a crear seres y cómo en mi casa ha existido una fuerte devoción a la Virgen María, es hora de que estos relatos se conecten con una historia mítica lejana, que une el barro y la tierra. Es importante también, observar en las diversas mitologías, cómo la tierra se relaciona fuertemente con la fecundidad y por consiguiente con la mujer.

Existe un mito muy recordado en el lugar donde nací: la historia de Bachué. Este mito lo conocí cuando era muy pequeña, recuerdo que en clase de historia nos enseñaban la conquista de América y en clase de español estudiábamos los mitos y las leyendas. Curiosamente, las dos clases se mezclaron en mi cabeza: en una de esas coincidencias terminó el mito de Bachué y quede impactada por la historia.

La narración comienza con el agua, en la laguna de Iguaque. Cuando la tierra no era habitada por ningún humano, un día, hace mucho tiempo:

> *"El agua comenzó a burbujear como si hirviera y apareció una hermosa mujer delgada, de cabello largo y esbelta. En su brazo derecho tenía un niño de cinco años. Caminaron sobre el agua hasta la orilla. Eran Bachué y su hijo, venían a poblar la tierra.*
>
> *Cuando el niño creció y fue un hombre contrajo matrimonio con Bachué, tuvieron muchos hijos, pues en cada parto tenía cuatro, cinco, seis hijos y hasta más. Poblaron cada rincón de la tierra con sus hijos. Ella enseñó a sus hijos a tejer, construir bohíos, amasar el barro, cultivar y trabajar los metales. Su esposo entrenó guerreros y les enseñó los valores de la vida.*
>
> *Cuando Bachué consideró que la tierra estaba lo suficientemente poblada, dispuso todo para volver a la laguna de Iguaque. Acompañada por una multitud, regresó al sitio del que salió y en compañía de su esposo se lanzó al agua y desaparecieron.*
>
> *Tiempo después Bachué y su esposo se convirtieron en una serpiente que salió a la superficie y la recorrió en presencia de todos, dejando como mensaje que siempre los acompañarían.*
>
> *La laguna de Iguaque se convirtió en un lugar sagrado y allí se celebraban ceremonias en honor a Bachué "(Castillo & Uhía, 2009: 165).*

Este mito proviene de la cultura chibcha o muisca, y al igual que el relato del

Dios católico, tuvo relevancia en mi niñez, porque cada una conformaba una manera diferente de comprender el origen del hombre. En el primero Dios había creado a un hombre del barro, le otorgó virtudes y lo hizo vivir en la tierra, y en el relato de Bachué había sido el agua, una mujer que provenía del fondo de la tierra. Aunque al inicio expliqué a atracción por la elaboración de figuras en arcilla, ahora es importante entender el mito de Bachué dentro de mi familia, de mi contexto y mis recuerdos.

Es curioso ver cómo elementos tan cotidianos se mezclan en las historias. El barro del cual nació el primer hombre, el barro de mis pequeños seres y el barro que Bachué enseñó a utilizar a los primeros pobladores de la tierra. Este elemento presente a lo largo de cada historia, no proviene del azar, cuenta con profundas conexiones con cosas que todos conocemos.

Es elemental entender que Bachué en uno de los mitos más importantes dentro de la cultura chibcha. En una sociedad regida por el matriarcado, donde las mujeres eran las encargadas de transmitir las tradiciones y costumbres a los descendientes. Bachué era considerada una diosa, pero además, una maestra, a quien debían el tipo de organización, las tradiciones y valores de su cultura (Castillo & Uhía, 2009). Al comprender la importancia de la mujer dentro de la cultura, entendí la importancia de este mito en mi vida. Es en Bachué y en el mito de la creación donde percibo la conexión que tenemos con la tierra. Nuestros antepasados pensaron en una mujer fuerte para asociar la tierra, la fertilidad y el don de otorgar la vida y creo que por esta razón, en mi casa la Virgen María ocupa un espacio importante. En ellas encuentro atributos y valores que me ayudaron a entender el valor de la tierra y el don de proteger la vida.

## Tazas, cuevas y abuelas

Ahora, para adentrarnos en la búsqueda de la tierra y sus conexiones, estas se van a combinar con historias personales y necesarias para la comprensión del

mundo, mi mundo y el fragmento de tierra donde viví. Voy a contar historias de mi niñez relacionadas con los orígenes y acercamientos a la tierra. Del mismo modo como abordé los mitos, es hora de aquellas historias relevantes de mi niñez, de esas conexiones que me ayudan a comprender el mundo, una mirada un poco ingenua pero cargada de imágenes sutiles que lo conforman.



Para abordar mi historia de la tierra, comenzaré por situarme en la entrada de una cueva. La cueva está cargada de muchos significados, el primero es el juego de la infancia. Confieso que siempre he tenido una atracción por los lugares oscuros, encerrados y solitarios, y las cuevas son los mejores espacios para estar aislados. Cuando era pequeña me encantaba ir al cerro (un lugar en la localidad de Suba, en los límites entre Bogotá y Cota) y buscar las cuevas que se formaban con los arbustos. Encontrar una cueva, seguir el camino, ser exploradores sin conocer lo que encontremos al final, como este texto que recorremos sin pretender hallar un tesoro al final. Lo importante es encontrar el camino o todo aquello que ya encontramos, como el barro o a Bachué.

La cueva también es un vientre de la tierra escondido entre árboles y

arbustos; un vientre que nos protege de la lluvia, de los animales y de los peligros del mundo. Una cueva es un espacio oscuro al que no tememos ni desconfiamos, es una cueva mental. Caminar por los recuerdos es volver a esos espacios donde faltaba la luz pero donde teníamos la intuición. Entendiendo esto, nos encontramos en mitad de la cueva, la entrada fueron los mitos, los que nos invitan a seguir, una relación entre aquellos relatos historias y mi vida. Ahora es el momento de avanzar y conocer un poco más de mi historia.

En esta cueva llena de relatos nos encontramos una mujer, es mi abuela materna, la misma persona que construye las cruces de mayo. Ella me enseñó la delicadeza de la tierra y sus frutos. Recuerdo observarla mientras ella conversaba con cada una de sus plantas, lo que me hace pensar en la fuerte conexión existente entre la mujer y los frutos de la tierra. Nunca vi a mis abuelos hablarle a las plantas, pero mi abuela guarda un misterio en cada una de las palabras que le susurra a la tierra. Ella canta y a mi mente vienen sus manos acariciando la planta de albahaca o el aroma a tomillo de la casa de mi abuela paterna, siempre rodeado de un ambiente tranquilo. Ellas poseen un conocimiento sobre el uso de cada una de las especies que nacen de la tierra, recuerdo oír a mi abuela materna decir: “el anís para el dolor de estómago, la caléndula para las inflamaciones, mamita tómese una agüita de manzanilla para este frío”. Beber una taza de agua aromática de la casa de mis abuelas era tomar todo un conocimiento que, de una u otra forma entraba en nuestra mente, tomar miles de historias que se reunían en una sola taza. Y pienso que este tipo de acciones son heredadas, que poseemos un inconsciente y esta información pasa a través de los generaciones, se transforma, se transmuta y ese conocimiento conforma el conocimiento de cientos de años presentes en la enseñanza de las tradiciones y las enseñanzas de Bachué; enseñanzas que se fusionan con los rosarios y la cruz a la entrada de la casa y comparten un lugar especial con las plantas aromáticas.

Las figuras femeninas como las abuelas son importantes en este recorrido por la tierra. Este texto me lleva a comprender el poder de la vida y el conocimiento que viene de las mujeres. Cada taza es un contenedor que guarda hilos de historias

que nos conectan, donde es posible extraer un poco de su beneficio, de un conocimiento que viene de los orígenes, de la historia en el tiempo primordial.

Es preciso explicar la relación con la tazas, porque cada elemento aquí presentado no es un elemento elegido al azar: la cueva, el barro, las hierbas y ahora las tazas, tienen un objetivo dentro de esta búsqueda. Como ya he mencionado anteriormente, mi abuela materna siempre tiene una aromática para cada tipo de mal, ya sea un dolor de estómago, una irritación en la piel o un resfriado; pues estas aromáticas necesitan un contenedor para ser ingeridas, y precisamente es aquí donde el valor de la taza o pocillo, comienza a tomar forma.

Es la taza la que permite abrazar el beneficio y el conocimiento que extraemos de la tierra, es un contenedor que permite ingerir el saber, es allí donde queda guardado el beneficio de las múltiples infusiones y plantas que han pasado por su interior. El acto de tomar una taza, soplar y dar un sorbo, aunque sea simple e incluso lo realicemos de manera inconsciente, es un acto que nos permite tener una conexión con lo que nos rodea. Es allí donde está la tierra, la semilla, la mano que cultivó y recogió, el agua y sus beneficios, el acto de soplar y tomar, conformen un rito que contiene la delicadeza de lo femenino, un saber que enseñó Bachué y se ha transmitido a lo largo de los años.

También es curioso saber que las tazas provengan de las enseñanzas de Bachué sobre el uso del barro y que el acto de tomar aromática, donde nos encontramos con ese tiempo primordial que vuelve a este mundo, sea encontrarse con la tierra y beber de lo que ella nos ofrece.

Cabe mencionar que las plantas aromáticas no son lo único que obtenemos de la tierra. La papa, que también cultivaban mis abuelos, el maíz, las hortalizas, las vacas que se alimentan gracias a la tierra, e incluso el suelo en donde estamos, todo es un beneficio que ella nos otorga. Sin embargo, las aromáticas llevan un misterio, pues no solo nos alimentan, en ellas podemos encontrar una cura o un aroma que nos reconforta.

En algunos trabajos previos tuve la oportunidad de realizar un recorrido por las plazas de mercado y conocer los usos de algunas plantas y fue allí donde comprendí la importancia de la figura femenina. Al igual que mis abuelas, las personas que conocí conservaban un cariño y unos conocimientos acerca de las plantas, por lo que cuando comencé a recorrer las plazas de mercado para conocer cada uno de los usos de las plantas, pude fortalecer mis pensamientos.

Curiosamente, quienes atendían los puestos de hierbas y aromáticas eran en su mayoría mujeres. Ellas me transmitieron su conocimiento y gracias a esto me convencí de que son las mujeres quienes guardan las enseñanzas de la tierra. Aunque algunos puestos eran atendidos por hombres, al pedir la explicación sobre los usos de las plantas, fueron las mujeres quienes con una voz calmada, con paciencia y cariño hacia las aromáticas, me explicaron para qué servía cada planta. Al compartir con ellas recordaba a mi abuela; hablar con las marchantes era hablar con ella: su tono de voz, su paciencia para explicar e incluso la forma de sus manos, sus uñas largas y las arrugas específicas cerca de las venas, sus manos ásperas con las que sin embargo, tomaban con suavidad las hierbas eran similares.

Entre los recuerdos sobre las enseñanzas de las aromáticas, debo visitar el lugar donde se cultivan las hierbas. Es el patio de la casa. Este lugar posee un olor a humedad y a tierra mojada después de llover; es el olor del patio de la casa de mi abuela. No era un lugar ordinario, era el sitio especial de la casa, ubicado al fondo, en un lugar estratégico. En ese gran patio, que para mis dimensiones de niña se mostraba como un bosque, se encontraban diferentes plantas. Recuerdo el árbol de breva y más que sus beneficios, las historias acerca de unos pequeños frutos que acompañaban a la breva: una perlas color violeta capaces de limpiar de bichos y parásitos estomacales a las personas, lo que conocemos comúnmente como purgar. Mi abuela siempre me repetía que nunca comiera esas pepas o me iba pasar lo que le había sucedido a mi tío, es decir, terminar en un baño. Eso me lo decía mi abuela, mi abuelo se limitaba a decir que sí o a mover la cabeza, como si aprobara lo que ella decía. Mi abuela tenía ese misterio sobre las cosas,

esa forma de enseñar a partir del ejemplo, y funcionó, porque muchas de sus enseñanzas todavía las recuerdo.

En ese gran bosque húmedo repleto de perlas purgantes, ante la magnitud de las plantas sentía que podía perderme, pero mis abuelos no. Su conocimiento de cada una de las plantas era tan amplio que, en un fragmento de bosque, podían identificar varias hierbas y decirme su uso, dejándome sorprendida de su lucidez. Una de las formas que mi abuela tiene para identificar las plantas es tomando una hoja entre sus manos, apretarla y luego oler la palma de su mano. Ella distingue las plantas principalmente por su aroma y ese saber es uno que he me ha enseñado. Es entrever en ella un conocimiento transmitido durante años, la manera como enseña a cuidar la tierra, como toma un poco del aroma para sentir la planta sin lastimarla, el modo en que mide los recursos para que la tierra no sufra. Es ver en sus manos las manos de Bachué. Es el poder femenino de la tierra, la enseñanza, el cuidado y la preservación.

# Mis abuelos



El territorio no sólo lo componen las mujeres. En este mundo donde convivimos entre los rituales católicos y las enseñanzas de Bachué, es importante notar que el hombre también ejerce un papel en la construcción de los territorios. Aparecen entonces mis abuelos, ellos también cultivaban la tierra y poseen un conocimiento tradicional. Gracias al encuentro con ellos, puedo completar una pequeña parte de la historia de la tierra donde crecí y también descubrir otros relatos que ayudan a comprender la historia del territorio donde crecí.

Para comprender el valor de la tierra y el papel del hombre, voy a contar la historia de las papas. No la historia de todas las papas ni de todos los cultivos de papa; voy a contar la historia de mis papas. Las papas que vi cultivar no eran iguales a las papas del vecino, aunque se sembraran igual. Tampoco se parecían a las papas de la plaza o del supermercado, estas papas contienen un recuerdo y eso las hace diferentes. Cada tubérculo lleva una marca, el abrazo de las manos de mi abuelo, que no se parecen a las manos de vecino. Estas papas se cultivaron en un

terreno mágico lleno de historias.

Mis papas eran del cerro, donde existe la altura propicia para que las semillas germinen y se desarrollen. Mis papas eran especiales porque las cultivaba mi abuelo, bastaba sembrar una sola en la tierra para que de ella salieran las papas para el almuerzo. Ese proceso posee una magia, a veces invisible u oculta, y que contiene el valor de la vida: entender que todo viene de una simple semilla.

Todos los días se realizaban los cuidados básicos de la tierra: el agua, el sol, los fertilizantes, los cuidados contra las plagas, y luego de unos meses, ya teníamos papas. Me gustaba mucho ir a recogerlas. Al igual que las cuevas, no sabíamos con precisión dónde se encontraba cada papa y a diferencia de las hierbas aromáticas que se encuentran fuera de la tierra, las papas estaban enterradas; debíamos remover cada centímetro de tierra en busca de un tesoro. Este trabajo requería una gran fuerza, proporcionada por mi abuelo.

A lo largo de esta búsqueda, la papa cuenta con un papel especial. Anteriormente conocimos a Bachué, la madre de la humanidad, y su relación con los saberes de la tierra, la feminidad, la protección, el amor y mi abuela. Ahora con las papas, nos acercamos al trabajo del hombre, a su fuerza. El cultivo de este tubérculo no es un capricho, su historia es la curiosidad misma, es la búsqueda por comprender todo lo que nos da la tierra y todo lo que somos; una búsqueda acompañada por una narración.

Esta historia se aleja de los relatos míticos, de los creadores o las madres que nos dieron la vida. En esta es importante hablar del tiempo sagrado, un tiempo que mi abuelo paterno utilizó para presagiar el clima durante el año, un rito meteorológico que mi papá repite todos los años. Del mismo modo como vimos a mi abuela hacer una cruz, mi abuelo hace la cabañuelas a inicio de año. Pero, ¿qué son las cabañuelas?

La cabañuelas son, una costumbre de origen europeo, según la cual, los doce primeros días de enero indican el clima predominante durante los doce meses

venideros. Así, si llueve en el segundo día de enero, se espera que febrero sea un mes lluvioso. Cada día representa sus respectivos meses (Quiñones Pardo, 1947). Pero como todo lo que llega desde tierras lejanas a estas, se adapta acorde a nuestra cultura, era de esperar que las cabañuelas fueran alteradas. Por ese motivo, mi abuelo contaba los doce primeros días de enero y anotaba en una libreta si había llovido o no. Luego, el día trece de enero, retomaba sus cálculos iniciando desde el último mes del año. Entonces tenemos que el día trece coincidía con el doce y así sucesivamente y si al comparar los dos días correspondientes a cada mes del año, la coincidencia indicaba la certeza del presagio. Aunque esta manera de entender el clima no es científica, esta historia se relaciona con las papas porque de acuerdo a lo que indicaran las cabañuelas se decidía sembrar o no. Esta práctica permitía que las papas cultivadas por mi abuelo fueran únicas, pues la repetición de un acto que trasciende el tiempo convirtió en un acto sagrado realizar las cabañuelas todos los años en mi casa. Incluso, este acto nos hace recordar los tiempos en el cerro.

Es significativo hablar de otro fruto de la tierra para encontrarnos con esas dos energías o guías que rigen el mundo. Ya expliqué el mito, lo femenino y su conexión con la tierra, pero lo masculino también cobra importancia dentro de este gran territorio. Sin esta energía tampoco existiría la vida, ambas se conectan, se unen y propician el nacimiento de la vida.

La papa surge de la unión de ambos, mi abuelo realizaba las predicciones del clima, sembraba, cultivaba y con su fuerza defendía la tierra; mi abuela, con ese poder proveniente del amor, la paciencia y el cariño, cuidaba la tierra y la protegía. De esa combinación de elementos nacen las papas, y también la albahaca, nace el árbol y nací yo.



Considero que la tierra es energía femenina y necesita de la mujer para ser protegida, por ello dedico gran parte de esta historia y esta búsqueda a la mujer y a mis abuelas. Ellas, al igual que la tierra, son capaces de contener y traer vida, sin embargo, es preciso notar que el mundo lo componen millones de seres vivos, de plantas y muchas otras formas, por lo que el mundo necesita de la fuerza del hombre. Y aquí estamos al final de este capítulo, alejándonos de la oscuridad, iluminados por las luces del mito, la creación y las energías para llegar al final de este recorrido. Sólo contaré una última historia, que no representa el fin de la cueva sino el punto de inicio para observar la transformación del mundo. Bachué no existe, Dios está más lejos y la tierra se ha transformado.

Este es el recuerdo de la primera vez que intenté ordeñar una vaca. Mi abuelo me daba indicaciones para ordeñar de la manera correcta y yo sólo veía las ubres con temor. A mi mente viene la sensación de la piel, el calor poco usual de la ubre y la textura de la piel al estirarse. Nunca pude ordeñar correctamente, mi abuelo decidió terminar la labor pero eso no me importó pues mi objetivo no era ordeñar la vaca sino tomar su leche, preparar un café al caer la noche, después de guardar las vacas y las ovejas, hablar del día y también de las noticias. Esta es una

ventana que permite observar cómo vivíamos. Teníamos una forma de vida más sencilla, un estilo de vida conservado por generaciones, pero nuestro destino es avanzar, y así, el mundo alrededor empezó a crecer de manera desmesurada.

En algunas conversaciones con mi abuela, ella me preguntaba para qué quería recordar y por qué quería volver a ese monte. De esta manera me dejaba en claro que nuestro destino, el de mi papá, mi hermana y el mío consistía en avanzar, que ella se había esforzado en cultivar la tierra, sólo para que nosotros fuéramos mejores, estudiáramos y nos alejáramos de esa tierra. Esas palabras se quedaron en mi mente. Mis abuelos se habían esforzaron para que nosotros tuviéramos un destino diferente al de ellos y al final, por el afán de salir y progresar, perdimos la tierra, las vacas, las papas, las plantas aromáticas, la leche, las canciones y nuestra voz.

Avanzamos, dejamos atrás muchos recuerdos y aunque era el final del recorrido, también fue el inicio de un nuevo mundo: nacer, ver la luz de una tierra diferente y saber que no todo estaba perdido. Y sin embargo, algunas cosas habían quedado sin explicación, finalmente Bachué había regresado al agua y Dios se había olvidado del mundo. Dejé de recordar mi niñez, las aromáticas se guardaron en bolsas de papel, nos comimos las papas y me olvidé las canciones.



# Capítulo II

## De buena fe

De esta manera me alejé de aquel lugar, dejé de escuchar mis canciones, ya no ordeñé vacas, no vi más ovejas, ni percibí el aroma de las hierbas. Después de cinco años volví al Cerro. Es increíble cómo cambian las cosas con el paso del tiempo. El primer recuerdo de aquel día es el pasto, estaba muy alto y comenzamos a atravesarlo. Yo había olvidado esos aromas, las flores, incluso el sonido de las aves. Por primera vez sentí temor, no quise seguir pero mi papá me animó a continuar. Después de un tiempo llegamos a una pequeña colina, estaba igual que antes y entonces, dejé de sentir miedo. Respiré profundo el aire del lugar, escuché las aves y el sonido del viento. Inesperadamente apareció un hombre joven y poco descuidado, nos observó fijamente, nos dijo que debíamos salir por ese trayecto y señaló el sendero que se encontraba a su derecha. Mi papá, quien conoce muy bien el lugar, me hizo marchar por otra ruta. Mientras regresábamos comencé a notar la ropa en el suelo, la suciedad y los árboles caídos. Comprendí que ese lugar había dejado de ser ese mágico cerro lleno de flores. Cuando salí de allí sentí ira, sólo quería olvidar que ese lugar alguna vez había sido importante para mí. Ese terreno tan triste, tan gris, con un letrero grande de propiedad privada no era el mismo de mis recuerdos.

La ira fue el motivo para olvidar. No quería volver al Cerro ni volver a experimentar el miedo. Desafortunadamente esas decisiones son lo más común en un país como el nuestro: las que nos conducen al olvido. Ese mal que nos evita recordar nuestra historia para terminar aceptando narraciones de otros, historias ajenas. Simplemente decidimos olvidar que esa había sido nuestra tierra y cómo habíamos sido parte de ella.

Nos acostumbramos a que todo fuera propiedad de otro, quien de buena fe, desconociendo o simplemente ignorando la tradición del lugar, hiciera suyo un territorio a través de un papel y una firma. Nos acostumbramos a ver cómo la escritura ostenta la única verdad sobre el territorio. Comenzamos a rellenar de basura el agua, a talar los árboles y la tierra dejó de ser fértil para convertirse en bombas de gasolina o bodegas.

La ira surge por la impotencia ante la escritura. Olvidé las historias, las canciones y también la voz del campo. El olvido que menciono es una mezcla de indiferencia e ignorancia que nos hace sentirnos ajenos en nuestro propio territorio. Finalmente, al comprender todo esto concluí que nuestro problema es sobre la tierra.

## Olvido

Hay cosas que no se olvidan, un amor que nos rompió el corazón, una pelea, una muerte, en suma, todos aquellos eventos desafortunados que debemos vivir dada nuestra humanidad. Por el contrario, existen otros eventos que olvidamos, como la estadía en el vientre de nuestra madre, ¿por qué olvidamos lo que ella comía, lo que escuchaba, lo que sentía? No recordamos nuestra primera palabra ni lo primero que vimos o cómo aprendimos a caminar.

Olvidar lo asociamos con perder la memoria y con los recuerdos extraviados, no obstante, el olvido a veces también puede asociarse con no tener la capacidad de contar nuestra propia historia, que con el tiempo se niegue y que al final se desconozca. Desafortunadamente, esta es la manera más eficaz de olvidar, ignorando lo sucedido, acallando la voz y enterrando el recuerdo. No sabemos contar nuestra historia, la de nuestras familias ni nuestro origen y olvidando esos recuerdos perdemos una parte de nosotros mismos.

Lamentablemente, me inculcaron que aprender consiste en repetir lo que dice el

profesor: memorizar fechas, nombres y acontecimientos sin ser capaces de ver más de lo que se nos muestra. En este momento me doy cuenta del papel de la historia dentro de mi mundo, la importancia de dejar de memorizar y comenzar a pensar en lo sucedido para tener claro que yo estoy en este sitio por una razón, debido a una serie de acontecimientos y que todo lo que veo, tengo y realizo, existe gracias al pasado.

La historia puede ser narrada desde el punto de vista del ganador o del vencedor, un factor sobresaliente cuando reconocemos que la historia es de quien tiene el poder para contarla. No obstante, todos deberíamos tener el poder para narrar nuestras historias, las memorias de nuestra familia, comunidad o país. El punto consiste en entender que existen múltiples relatos y que el nuestro no es el único.

Es evidente que una parte de las clases de historia fue memorística. Cuando estaba en primaria memoricé que Colón descubrió América en 1492, descubrió estas tierras lejanas en el nombre de los Reyes de España y nuestro territorio pasó a ser un lugar más de sus dominios. Aprendí que ellos vinieron subyugaron e impusieron otra religión, trajeron personas de África como esclavos, trajeron vacas, ratas, y tipos de conocimiento y pensamiento ajenos a lo que entonces se vivía en este continente. Durante esas clases de historia yo sentía que algo faltaba, me enseñaron sobre la Edad Media y también sobre la Conquista; sólo recuerdo una pequeña clase sobre grupos indígenas.

Recuerdo la primera vez que leí sobre la Conquista y cómo se había desarrollado. La profesora mencionaba los procesos de esclavización y en mi mente surgían imágenes tan horrorosas, al pensar cómo unas personas llegaban a matar a otras por pensar diferente; a violar y arrebatar tierras, un verdadero absurdo. Pero algo incluso más absurdo es que más de quinientos años después conservemos los mismos pensamientos, como si una parte de esa violencia hubiese quedado arraigada en nosotros y creamos que por tener más o ser económicamente superiores podemos poseer la tierra violando o torturando a nuestros semejantes, como si hubiéramos olvidado que nuestros antepasados vivieron los mismos horrores. Subvaloramos los sufrimientos que ha tenido esta tierra, desconocemos

la historia de los precolombinos y de la Independencia. Despreciamos lo que sucede, de lejos observamos cómo las clases más privilegiadas del país, aquellas que siempre han estado en el poder, utilizan artimañas políticas para seguir al mando a costa de nuestro olvido y por ello no nos preocupamos por conocer la historia del lugar donde estamos parados. Nos acostumbramos al escándalo y vemos el robo, la violencia y las mentiras como parte de nuestra incoherente idiosincrasia.



A partir de lo anterior concluyo que somos una humanidad propensa al olvido. Nacemos para olvidar, creyendo que nuestra historia es la única que merece ser recordada. Vamos por el mundo eliminando las memorias de los seres que creemos inferiores, por lo que injustamente, la historia de nuestra tierra ha sido borrada por la historia de tierras tan lejanas que nunca pudimos entender. Después de luchas, revoluciones y grandes personajes que hicieron de nuestro territorio un lugar independiente, después de todo el sufrimiento vivido, aún creemos que dentro del mismo país existen seres inferiores, olvidamos a las personas con quienes cohabitamos este territorio, eliminamos de sus bocas las historias y les negamos la tierra.

Debo ser honesta, yo jamás viví el horror del desplazamiento o de una guerra, sólo los conocí por esas noticias efímeras transmitidas en las emisiones de las 7:00 de la noche, donde muestran esos horrores del conflicto y a esos humanos que parecen haber perdido la razón. Esta realidad me lleva de nuevo al olvido, porque a pesar de no vivir la guerra presencialmente, mis abuelos sí habitaron una época donde se había recrudecido la pugna por la posesión de la tierra.

Recuerdo la historia de la panela: de niña al caminar con mi abuela, ella contaba una historia peculiar. Cuando ocurrió El Bogotazo, esa lucha entre quien era de derecha o de izquierda, conservador o liberal, ella vivía en el Tolima y contaba que para pasar de un lado al otro de la región le preguntaban cuántas panelas llevaba. Si ella llevaba dos, eran para los godos, por lo que podían llegar a matarlos por la cantidad de panelas. Ese es el primer recuerdo que tengo sobre historias de violencia.

Lastimosamente en este país la historia es una materia indiferente, crecimos rechazando nuestra historia y todo lo que nos costó llegar a este punto. Como señala Gutiérrez (2015: 20):

> *"los pueblos que por cualquier consideración se manifiestan indiferentes por su historia y dejan pasar los elementos de que ella se compone como pasan las hojas de otoño, sin que mano alguna las recoja, están condenados a carecer de fisonomía propia y a presentarse ante el mundo insulsos y descoloridos. Y si este olvido del cumplimiento de una obligación es resultado intencional de un falso amor patrio que silencia los errores y los crímenes, entonces es más deplorable, porque semejante manera de servir a la honra del país, más que en virtud del delito que se paga caro, porque inhabilita para el ejemplo y para la corrección."*

Este párrafo inspiró mi repudio al olvido actual, porque además de ser una sociedad que poco conoce su pasado, también olvida el presente por miedo a los

otros o por desconocimiento, produciendo que nos suceda como a Cristóbal Colón: descubrir lo que ya estaba descubierto. ¿Qué podemos esperar de una sociedad que padece de la enfermedad del olvido?

En este momento observo la importancia de los abuelos para recuperar la memoria. Gracias a ellos aprendí que la historia no es únicamente como la memoricé, es un acontecimiento dotado de muchos puntos de vista. Ellos me mostraron la historia de los luchadores, de aquellos que resisten las adversidades, de los que no se quieren callar. Mis abuelos, quienes me enseñaron a alimentar mi curiosidad, a ellos también les debo que no olvide, que vea más allá de lo evidente, que comprenda la existencia de guerreros como ellos y que merecen ser recordados, porque en sus palabras habita una pequeña parte del mundo y se construirá el mundo que será.

Aquí comienzo a escribir otro capítulo, porque con ellos siento la necesidad de recordar, son ellos quienes me enseñaron la historia de mi hogar, todo lo que vivieron para encontrarlo y cómo nos apartamos de la tierra, en ocasiones de forma violenta y en otras, con el propósito de avanzar para encontrar nuevos espacios.

## ¿Y cómo fue el problema de la tierra? La Colonia

El problema sobre la tierra ha sido una constante desde la época de la Colonia. Para entender qué ha pasado con la tierra tenemos que recordar cómo se ha manejado y legislado.

Sabemos que la mayoría de precolombinos no contaban en su lenguaje ni en su cotidianidad con la noción de propiedad privada y mucho menos, consideraban que la tierra se poseía, ya que, la relación del hombre con la naturaleza no implicaba un dominio o propiedad, debido a que esta relación se basaba en el

carácter sagrado y trascendente (Ochoa, Mora & Gómez, 2013: 23).

Con la Conquista llegó el momento en el cual cambiaría radicalmente la forma de poseer y trabajar la tierra. Con la llegada de los españoles a los territorios en posesión de la Corona Española se creó la encomienda, una institución implementada durante la colonización en América para sacar provecho del trabajo indígena (Pelozatto, 2016). La encomienda consistía en que la Corona y sus agentes "encomendaban" los indios a los españoles o encomenderos[3], exigiéndoles servicios personales como labrar la tierra y en general, labores relacionadas con esta actividad: ganadería, trabajos domésticos, explotación minera, trabajo en haciendas, etc., de tal suerte que el indio era obligado a desprenderse de su tierra para servir a la de su amo (Ochoa, Mora & Gómez, 2013: 23). A cambio de sus servicios los indios eran protegidos, educados y evangelizados.

Esta figura de la encomienda debía durar entre tres u ocho años, pero la codicia de los hombres era más fuerte, por lo que los españoles alegaron que ese tiempo era muy corto y por consiguiente perderían la autoridad. Así, se determinó que los indígenas brindarían sus servicios de por vida y que la siguiente generación estuviera a la disposición del beneficiario de esta figura.

Con la encomienda encontramos un primer problema sobre la tierra, los indios fueron desplazados de sus lugares para trabajar en la propiedad de otro y sus posesiones quedaron a merced de un encomendero. Esta figura trajo consigo muchos problemas de explotación y maltratos sobre los primeros pobladores de nuestro territorio, debido principalmente a las conductas de los encomenderos.

[3] Conquistadores que por prestar sus servicios a la Corona. esta les brindaba una porción de tierra y un grupo de indígenas, nadie podía tener a su cargo más de 300 y sólo podía disponer de ellos por un máximo de ocho años.

Los desórdenes y abusos en materia de distribución de la tierra durante la primera parte de la Conquista dieron paso a la creación de la Real Cédula[4] del 29 de mayo de 1525, la cual permitía otorgar una abundante cantidad de terreno para favorecer a las personas sin tierra, sus familias, la actividad agrícola y ganadera. Sin embargo, lejos de ser una solución, esto creó graves conflictos por la propiedad de la tierra, pues posteriormente, la adjudicación o venta de estos terrenos fue discutida (Ochoa, Mora & Gómez, 2013: 23). También generó el acaparamiento del campo por parte de los encomenderos y las condiciones legales de pertenencia, uso y explotación de la tierra se habían vuelto desmedidas.

Para solucionar este problema sobre la adjudicación de las tierras, se creó la Reforma de 1591. Su aparición es elemental porque en este momento no sólo los indios, españoles y africanos habitaban el territorio; en este punto de la historia ya existían los mestizos[5] y los criollos[6] que conformaron una mayoría y por supuesto necesitaban un lugar para vivir. Este aumento de la población generó una demanda en la posesión del campo. Con base a esta problemática la tierra necesitó ser repartida de una manera más equitativa y la real cédula expedida también en 1591, se dedicó a analizar los títulos que operaban sobre la tierra.

Aunque esta medida no solucionó el problema, el rey Felipe II en el mismo año, promulgó la Cédula Del Pardo. Su objetivo fue limitar el latifundio, amparar a los indígenas y rescatar tierras invadidas por colonos españoles. Esa asignación de tierra se hizo con el doble propósito de concentrar la población indígena y protegerla de la voracidad del terrateniente, de los españoles pobres y de los mestizos deseosos de expandir sus posesiones o de convertirse en propietarios. Asimismo con la finalidad de evitar la pérdida de los indios tributarios de la Corona (SENA, 2007).

---

[4] Tipo de orden emitida por el Rey de España, característica del período comprendido entre los siglos XV al XIX, mediante la cual el monarca intervenía para solucionar un conflicto de tipo jurídico (Rubino, 2017).

[5] Quien nace de padre y madre de distinta raza. El término suele utilizarse para nombrar al individuo nacido de un hombre blanco y una mujer indígena, o de un hombre indígena y una mujer blanca. (Pérez, & Gardey, 2011)

[6] Término que surgió en la época colonial para nombrar a las personas nacidas en América que descendían exclusivamente de padres españoles o de origen español. (Pérez Porto y & Merino, 2009).

El trabajo de las autoridades fue infructuoso. Los latifundistas se quedaron con las tierras (Mendoza, N.A.) y con esto fracasó la tercera medida de control sobre la tierra, medida que lastimosamente, no sería la última malograda sobre la organización territorial en Colombia.

Las tierras del resguardo[7] estaban generalmente divididas en tres partes: la primera se adjudicaba por parcelas a los jefes de cada familia, la segunda se destinaba al laboreo de la comunidad y su producto a las cajas de bienes de la misma, y la tercera se destinaba a terrenos comunales de pastos para cría de ganado menor (SENA, 2007). Pero los pagos de tributos a la Corona eran muy altos y los conflictos se recrudecieron alrededor de estos, ya que los colonos querían tomar para ellos la tierra. Esta situación obligó a los indígenas a trabajar en las propiedades de los colonos. Posteriormente, estos últimos se quejaron por la adjudicación de tierras a los indígenas, alegando no tener mano de obra indígena suficiente para sus propiedades y que la adjudicación de tierras a los indígenas alimentaba el ocio y la pereza. Dichas quejas dieron forma a la mita.

La mita[8] era un sistema por el cual los indígenas eran obligados a trabajar la tierra del encomendero o hacendado a cambio de un salario. Existieron tres clases de mita: la minera, la agraria y la de obraje. Los problemas que acarreó este sistema fueron la disolución de los resguardos y la paga insuficiente para la manutención diaria, ya que el propietario de la tierra no se hacía cargo de la alimentación y la estadía de los indígenas.

El desplazamiento de los indígenas a las haciendas de los encomenderos creó otro grave problema. Ya que algunas tierras que habían sido adjudicadas a los indígenas quedaban abandonadas, esta situación dio nacimiento a lo que se denominó "el problema de la tierra", pasando del paradigma de las tierras

[7] Terrenos destinados a los indios en la Real Cédula de 1591.

[8] El término Mita proviene de la lengua Quecha y significa turno de trabajo. Era un sistema de trabajo que se utilizaba en el imperio Inca o Tahuantinsuyo en el cual se les obligaba a los varones de cada comunidad (ayllu) que tenían una edad comprendida entre los 18 y los 50 años a trabajar por turnos durante un determinado periodo de tiempo a favor del estado incaico (Ruiz Rivera, 1975).

baldías[9] por propiedad, a razón de morada o labor, a la del remate conocida como "vela y pregón". Entonces, sólo aquellos que dispusieran de condiciones económicas podían adquirir predios de mayor valor que luego era comercializados en arriendos con precios excesivos. De este proceso de remate fueron excluidos los nuevos emigrantes, los criollos, mestizos y en general, toda la población carente de medios económicos, es decir, la inmensa mayoría de los habitantes de esta tierra (Ochoa, Mora & Gómez, 2013: 28).

A raíz de este grave problema se decretó nuevamente la Real Cédula del 22 de mayo de 1777, la cual no reguló la posesión de tierras sino por el contrario: impuso la aplicación de las leyes romanas en materia civil sobre la posesión y la propiedad. Según la Cédula Real, la propiedad privada permitía el uso que el propietario le quisiera dar, sin que mediara más voluntad que la propia.

Esta medida favoreció a los oligarcas terratenientes, generó que los impuestos subieran y el remate de las tierras fuera mayor. Posteriormente este tipo de medidas desencadenó manifestaciones como el Levantamiento de Los Comuneros, principalmente porque los habitantes, en su mayoría criollos, no tenían un lugar para vivir.

Los habitantes, armados con palos y fusiles, salieron a pelear por las injusticias cometidas, por todos los atropellos que ellos y sus antepasados habían vivido y así, con la efervescencia, escuchamos una sola voz gritando independencia. Este tipo de movimientos no fue particular sólo de este territorio; fue un movimiento que se extendió por todas las colonias, pues todas habían sido abusadas y despojadas de su tierra. Así, en el año de 1810, llegó la Independencia.

[9] Se conoce como baldía a la tierra que no se emplea con un fin productivo (Pérez Porto, J. 2016).

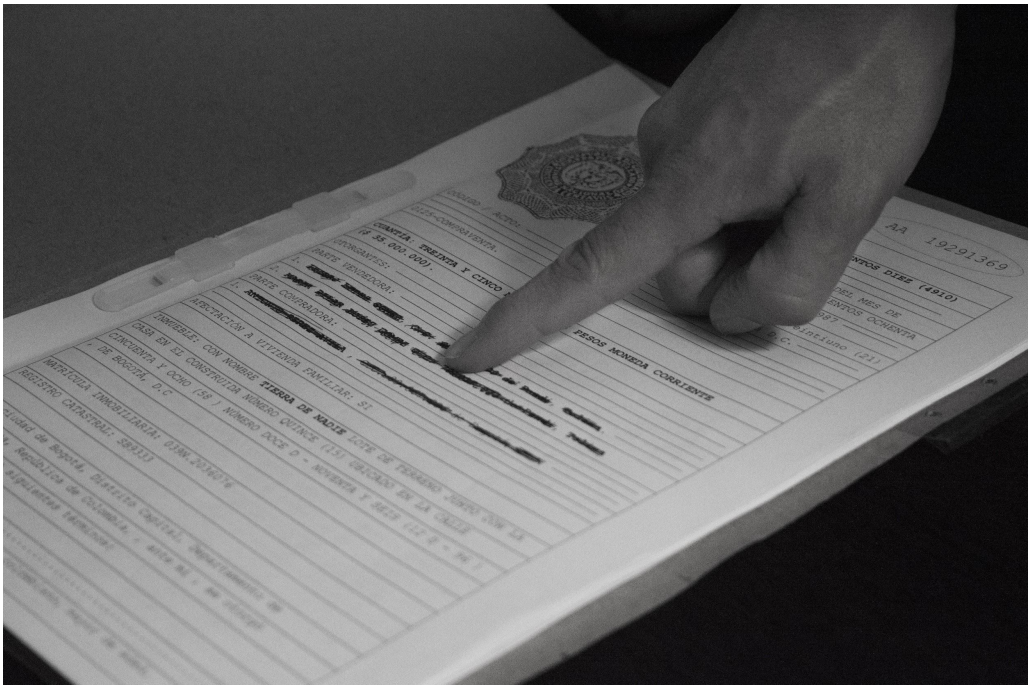
# ¿Y cómo fue el problema de la tierra? La República

Por fin fuimos independientes. La República se consolidó con la Constitución de 1821, documento que nos permitió pensar que nuestros problemas de desigualdad y pobreza se habían solucionado, pero los apetitos de dominio sobre el país fueron más grandes que las ansias de ser libres.

Evidentemente, teníamos una tierra "independiente". Muchos territorios que habían pertenecido al dominio español pasaron a ser parte de esta nueva, joven e inexperta república. Era necesario pues, regular la nueva nación, por lo que nació la Constitución de 1821, la cual, en su primer artículo, nos muestra esas ansias de libertad cuando menciona: “La nación colombiana es para siempre e irrevocablemente libre e independiente de la monarquía española y de cualquier otra potencia o dominación extranjera; y no es, ni será nunca patrimonio de ninguna familia ni persona” (Congreso de la República, 1821). Sin embargo, pronto ese primer artículo quedó solo en el papel. Las malas regulaciones y decisiones administrativas acompañadas de muchas otras irregularidades alejaron al país de ese deseo de libertad. El problema de la tierra quedó lejos de ser solucionado y por el contrario, se desencadenó una serie de conflictos que lamentablemente, perduran hasta el día de hoy. Pese a todo, esta constitución procuró organizar el país y no podemos desconocer que fue una ardua tarea: se establecieron los poderes políticos, se precisaron pautas para abolir la esclavitud y la libertad de expresión y se determinó que nadie podía pasar por encima de la constitución y sus leyes.

Sin embargo, esta constitución no explicaba el tema de la apropiación de tierras. Esto se debía, en gran parte, a que no estaba clara la extensión del territorio y algunos lugares eran inaccesibles. Considerando lo anterior, surgió la primera regulación agraria en Colombia, la Ley 13 de 1821, realizada durante el periodo de La Gran Colombia. Aquella fue un primer intento de regular el tema que había sido conflictivo desde la Colonia, estableció las condiciones para la ordenación

territorial y los baldíos, el paso de todas la tierras improductivas a manos de la República, exigió a todos los poseedores de tierras baldías la obtención de los títulos de propiedad y determinó un plazo para hacerlo y por último, autorizó la venta de baldíos como manera de aumentar las rentas del presupuesto de ingresos, por lo que reguló la manera de vender este tipo de terrenos y cómo ejercer control sobre ellos. Del mismo modo, se resalta que durante la vigencia de esta ley se establecieron los modos de adquirir el dominio sobre las tierras (Ochoa, Mora & Gómez, 2013: 32), pero las guerras civiles durante el siglo XIX evidenciaron la desorganización estatal, por lo que aumentó el desequilibrio económico, produciendo nuevos problemas sobre el territorio.



Durante el siglo XIX se disputaron varias guerras civiles siendo su objetivo la toma del poder de las clases dominantes. A la primera confrontación se le conoce como la Patria Boba. Consistió esencialmente en la división del poder entre centralistas y federalistas y donde ganó el Federalismo, pero con España buscando la reconquista de sus territorios, apareció Simón Bolívar cómo líder, quien evitó la reconquista española, asumió la presidencia y por ende, el gobierno adoptó una posición centralista. Algunas personas no estuvieron de acuerdo con las políticas de Bolívar, formando oposiciones alrededor de las pretensiones

dictatoriales y monárquicas que él sugería. Estos levantamientos lograron la renuncia de Bolívar a la presidencia y la división de la Gran Colombia en 1831.

Pero la disolución de la Gran Colombia no marcó el fin de la disputa por la toma del poder. Luego vino la conformación de los partidos políticos Conservador[10] y Liberal[11]. Todas estas disputas dejaron al país con una economía debilitada y para reducir un poco el déficit fiscal, el Estado utilizó la concesión de tierras con fines financieros. Esto quiere decir que, del mismo modo como sucedía durante la Colonia, las tierras quedaban en manos del mejor postor, en este caso la clase dominante y por supuesto, también en manos de extranjeros que compraban grandes cantidades de terreno. Por lo tanto, grandes extensiones de territorio fueron adjudicadas a terceros, permitiendo el surgimiento de un nuevo latifundismo[12] que dejó en manos ajenas la política agrícola y exterior, así como la administración territorial (Ochoa, Mora & Gómez, 2013: 32). No obstante, no todos los baldíos quedaron adjudicados a los grandes terratenientes y extranjeros, una parte de ellos fueron distribuidos indiscriminadamente, sin el menor análisis acerca de su importancia, unos fueron destinados a los combatientes de las guerras y otros a la creación de pueblos buscando darle cimientos al país.

Posterior a esta distribución de la tierra y los baldíos apareció la Ley de 1882 o Ley Galindo. Esta ley hizo un énfasis en la colonización de la cordillera Central, es decir, los territorios de Tolima, Cauca y Antioquia. La ley tenía el interés de impedir la feudalización de tierras baldías. La adjudicación tenía como principio proteger los baldíos y comenzar a otorgarles un uso. La ley entonces, propuso un cambio radical, declarando a los baldíos como imprescriptibles, esta dice:

---

[10] Partido político tradicional colombiano. fundado en el año de 1849. Es una asociación libre de personas que comparten un pensamiento sobre la función política, una historia y una tradición. El nombre de Conservador, impuesto por Ospina y Caro, significa que quienes pertenecen al Partido desean conservar la civilización, la cultura y los valores esenciales de la nacionalidad. (Partido Conservador Colombiano, N.A.).

[11] Partido tradicional colombiano, fundado en el año de 1948. El Partido Liberal Colombiano es el Partido del pueblo, tiene carácter pluralista y constituye una coalición de matices de izquierda democrática, cuya misión consiste en trabajar por resolver los problemas estructurales económicos, sociales, culturales y políticos, nacionales y regionales, mediante la intervención del Estado. (Partido Liberal Colombiano, N.A.)

[12] El latifundismo es aquel estado de la economía en el cual una gran cantidad de tierras se encuentra bajo el control de un propietario o de una minoría de propietarios (Cajal, 2017).

> "Las tierras baldías se tendrán como bienes de uso público. La propiedad de esas tierras, cualquiera sea su extensión, se adquiere por trabajo y cultivo. El Gobierno ampara de oficio a los pobladores y cultivadores de esas tierras establecidos con casa y labranza; no podrán ser privados de la posesión sino por sentencia dictada en juicio civil ordinario. Su propiedad y dominio no prescribirán en ningún caso. En juicios de propiedad del terreno, el demandante deberá exhibir títulos legales de propiedad de la tierra que reclama con una antigüedad de diez años por lo menos. En caso de que el cultivador, poseedor de buena fe, pierda el juicio de propiedad, no será desposeído del terreno que ocupa sino después de que haya sido indemnizado por el valor de las mejoras puestas en el terreno. Los terrenos baldíos que la nación enajene por cualquier título, volverán gratuitamente a ella al cabo de diez años, si no se establece en ellos alguna industria, agrícola o pecuaria (Ochoa, Mora & Gómez, 2013)."

Básicamente, después de la Ley Galindo, surgieron legislaciones que organizaron la adquisición de la tierra, normalizaron los baldíos y regularon la forma en la cual correspondía otorgarlos y la manera como se debían trabajar. Por supuesto esto no fue un impedimento para la usurpación de los territorios, generando un nuevo conflicto entre colonos y adjudicatarios de tierras baldías. De esta manera ingresamos al final del siglo XIX, donde presenciamos otra guerra, una de las más nombradas: La Guerra de los Mil Días.

La Guerra de los Mil Días consistió, como todos los conflictos que marcaron el siglo XIX en Colombia, en una lucha por el poder entre conservadores y liberales. Sin embargo, esta guerra civil también estuvo marcada porque sus combatientes no sólo estaban divididos en dos bandos; también existían divisiones dentro de cada uno de los partidos. Este enfrentamiento dejó una cantidad de bajas que representaban el 2,5% de la población del país en ese entonces. Esta guerra que duró tres años finalizó con un tratado el cual establecía la hegemonía del partido conservador y sin embargo, la mayor consecuencia fue

el estado en el que terminó la nación: un país empobrecido, que había destruido sus industrias y sus vías de comunicación; un país con una deuda externa e interna de tamaños considerables que generó un fuerte odio entre familias, un estancamiento del país y el desencadenamiento de un hecho que marcó la historia del país: la pérdida de Panamá (Revista Semana, 2011). Debido a que el poder había quedado centralizado, se comenzaron a descuidar muchas zonas del país, entre ellas Panamá, lo que facilitó que Estados Unidos tuviera una oportunidad para tomar el istmo. Ya en el siglo XX, el país intentó organizar la adjudicación de tierras, pero el legado de la guerra fue mayor.

Durante este momento el país atravesó una crisis económica muy fuerte y el mundo se desplomaba a su alrededor. Después de la guerra interna se desarrollaron dos guerras mundiales que no ayudaron a mejorar la situación del país el cual, vivió primero una hegemonía conservadora, época donde sucedió un hecho que quedaría en las páginas de nuestra historia: la Masacre de las Bananeras. Este episodio nos lleva de nuevo al campo de las leyes sobre el territorio y la práctica errada y ya consuetudinaria, de adjudicar grandes extensiones de tierra a extranjeros para amortiguar los vacíos económicos nacionales.

La Masacre de las Bananeras abarca toda la historia de descuido del país hacia ciertos territorios. Partamos de la siguiente premisa: la venta y cultivo del banano era una industria en auge y los baldíos no estaban regulados. Inversores extranjeros aprovecharon tal situación para usurpar los territorios dando inicio a una larga historia de apropiación ilegal de tierras por parte de los más adinerados y en donde, las alianzas políticas poseen más peso que la ley. De este modo, la United Fruit Company se hizo dueña de vastas extensiones de tierra, provocando no sólo un problema sobre la adjudicación del territorio, sino también problemas sociales. Aunque esta práctica no fue un caso aislado, la Masacre de las Bananeras es el caso más comentado, por la manera como se apropiaron de los terrenos, cómo se acaparó la riqueza y por la pésima situación laboral de los obreros. Desafortunadamente, este caso quedó impune como muchos otros parecidos que ocurrieron en el país.

Y debido en parte a estas luchas, revueltas, masacres y manifestaciones, finalizó la hegemonía del Partido Conservador y el país ingresó a los dieciséis años de hegemonía del Partido Liberal. Este cambio trajo consigo una nueva constitución y con ella la Ley 200 de 1936 o Ley de Tierras. Para comprender la ley primero debemos entender que durante la década de 1930, Colombia aún era un país con una población predominantemente campesina, la población era rural en su inmensa mayoría y muchos de ellos ya habían sufrido el fenómeno del desplazamiento a manos de los terratenientes, sin otra opción que emigrar a las ciudades (Ochoa, Mora & Gómez, 2013: 40).

Comprendiendo la situación del país, la Ley 200 de 1936 contó con la particularidad de gestar una revolución agraria al agrupar las necesidades apremiantes y los intereses de los campesinos, los minifundistas y los grandes terratenientes. A partir de esta ley se fundamentó y reglamentó la tenencia de la tierra en Colombia y se definió y aclaró la propiedad de los fundos. En ella se creó la jurisdicción agraria, representando un enorme esfuerzo por organizar las actividades agropecuarias (Ochoa, Mora & Gómez, 2013: 41). Y pese a estas iniciativas, estas quedaron lejos de la realidad en medio de un país azotado por los conflictos continuos.

La expedición de la ley logró calmar la efervescencia social por la tierra, pues también había legalizado la subdivisión de grandes extensiones de territorio. Infortunadamente, su aplicación no siempre fue ajustada al espíritu de la misma y fue interpretada de manera que muchos dueños expulsaron a arrendatarios, aparceros y colonos de sus tierras, intensificando los conflictos sociales (Revista Semana, 2011). Lamentablemente este problema continuó favoreciendo a los grandes hacendados y alejó cada vez más a los campesinos de la posibilidad de obtener la propiedad sobre las fincas.

# La tierra dividida en dos

Posterior a las disputas por el poder, las masacres, la creación de leyes, las malas administraciones, la corrupción, y demás eventos que parecen los mismos desde hace más de doscientos años, retorno a mi historia.

Luego de alejarme del Cerro inicié una búsqueda por la historia de mi familia, porque mi relato no es ajeno a la tierra, y sé que muchos en este país tienen una historia que se relaciona con la mía: con las leyes que han regido la tierra desde la Independencia, con las decisiones que surgieron durante la Colonia y de manera evidente, con la corrupción que rodea el tema por la apropiación del territorio.

Mucho antes de que naciera e incluso, antes del nacimiento de mis padres, mis abuelos iniciaron un largo camino en la búsqueda de un pedazo de tierra para vivir. Por un lado tengo mi familia paterna, la que vivía en el Cerro, ese lugar lleno de historias mágicas. Ellos no tuvieron mayores problemas con la tierra. Aunque en 1936 les escrituraron la casa a nombre de mi abuela, el lugar donde cultivaban esas papas y tenían sus vacas pertenecía a un terrateniente que les alquilaba la tierra. Esta dinámica era la más lógica en un país como Colombia, debido a toda la serie de leyes y conflictos que anteriormente mencioné. No obstante, para entender la dimensión del conflicto por la tierra, voy a hablar de mi familia materna y comenzaré por mis abuelos.

Iniciemos por la ley 200 de 1936, norma que sólo dejó espacios vacíos que fueron aprovechados por los terratenientes para apropiarse de la mayor cantidad de territorios posible. Mis abuelos vivían en el Tolima a mediados de la década de 1940, momento en el que todos querían aprovechar la riqueza de esas tierras para tener un pedazo de ellas. Evidentemente, los terratenientes querían el pedazo más grande, por lo que iniciaron un proceso de deforestación para hacer el terreno más viable para la producción. Durante ese período inició un pleito sobre la posesión de la tierra. Debo aclarar que mis abuelos provienen de una finca cafetera y en aquella época, una de las actividades que traían más beneficios al

país eran precisamente las haciendas cafeteras. Por esta razón, el estado intentó adjudicar una mayor cantidad de terrenos destinados a esta actividad.

Más tarde, en 1944, apareció la Ley 100 que favorecía la actividad del terrateniente y en especial la de dueños de fincas cafeteras, alejando a los campesinos de la posibilidad de obtener la propiedad sobre sus fundos. Su expedición fue toda una contradicción porque mantuvo vigente una figura jurídica que favoreció a los predios con mayor extensión y promovió la posesión de grandes capitales (Ochoa, Mora & Gómez, 2013: 42). Es importante notar que durante esas fechas se desarrollaba la Segunda Guerra Mundial y por lo tanto, se vivieron grandes crisis, siendo los contratos para adjudicar grandes posesiones de tierra destinados a la actividad cafetera los que más beneficios traían al país. Por este motivo, dichas leyes surgieron en pro del sostenimiento económico durante un momento de crisis mundial.

Desafortunadamente, las leyes dejaron al país sumido en una desigualdad sobre la repartición de la tierra, a lo que hay que añadirle los conflictos por la toma del poder y la serie de consecuencias derivadas del estallido de El Bogotazo en 1948; la población, cansada de la corrupción, salió de nuevo a las calles al ver que su líder Jorge Eliécer Gaitán había sido asesinado. Bogotá quedó destruida, muchas casas fueron abandonadas y en el campo se recrudeció la guerra. Los terratenientes, tanto conservadores como liberales, quisieron tomar grandes cantidades de territorio y el país, al estar inmerso en esta crisis, descuidó los campos. Inició de nuevo la guerra entre conservadores y liberales. “¡Allá en el Tolima!”, como dicen mis abuelos, esta lucha entre bandos se hizo más fuerte. De esa época surgió la historia de mi abuela y las panelas, porque en este país mataban al que llevaba más panelas de las debidas. Pronto, esta violencia se convirtió en odio, el odio en venganza y cualquiera podía morir al ser acusado, sin pruebas, de ser conservador en territorio liberal o liberal en territorio enemigo.

Así, por un lado cuento con mi familia paterna que vivió en Suba durante un

periodo de relativa calma frente a los acontecimientos del país y por otro lado, a mi familia materna que estaba comenzando a descubrir las ideas comunistas en un campo privatizado.

## Dos décadas para partir



Mis abuelos me cuentan muchas historias de su juventud, de sus plantas, de sus empleos, en fin, muchas historias que conforman sus vidas pero, existe una época que no les gusta recordar: el período de la violencia y cuyos relatos iniciaron con la historia de las panelas.

Es el año de 1949 y la guerra en el campo es cada día peor. Mis abuelos, que sólo habían estudiado hasta tercero de primaria y que no tenían muy claro cómo leer ni escribir, vieron cómo las tierras fueron tomadas por los grandes terratenientes empleando leyes que no comprendían, usando la violencia y las armas.

Durante la década de 1950 vivieron la dictadura de Rojas Pinilla, que con un

golpe de estado incruento, apoyado por los liberales y los conservadores no laureanistas, tomó el poder. Esta dictadura trajo consigo cambios importantes para el país, entre ellos la construcción de aeropuertos, hospitales y leyes más duras para la clase adinerada. Mejoras que sin embargo, dejaron a un lado al campo colombiano. En 1954 se recrudeció La Violencia y entre 1956 y 1957, los jefes de los dos partidos firmaron los pactos de Benidorm y Sitges, en los que acordaron derrocar la dictadura y alternarse en el poder cada cuatro años (El Tiempo, 2010). En el año de 1958 y fruto de estos pactos, cayó el gobierno de Rojas Pinilla e inicia el periodo conocido como Frente Nacional. Este trajo consigo el Decreto 290 de 1957 que proponía incentivos para invertir en el agro. Los propietarios debían declarar renta de acuerdo a una clasificación de tierras en cuatro grupos. Pese a ello, este decreto no tuvo una aplicación real y se fue olvidando porque dicha clasificación no guardaba relación con la realidad (Ochoa, Mora & Gómez, 2013: 44), de esta manera el campo continuó siendo descuidado por los gobiernos.

Con estas leyes que poco propusieron en materia agraria y en regular la tenencia de la tierra, ingresamos en la década de 1970, una época marcada por la generación de grupos revolucionarios y una violencia que alcanza nuestros días. Durante esta época se realizó una nueva regulación agraria de la mano de la Ley 135 de 1965. A partir de ella se creó el Instituto Colombiano de la Reforma Agraria (Incora), que se configuró como el encargado de la administración y adjudicación de las terrenos baldíos. Su principal función consistió en reformar la estructura social agraria para dar fin a la forma inequitativa como se distribuían las tierras en Colombia (Ochoa, Mora & Gómez, 2013: 44).

Aunque la Ley 135 definió y reguló pautas para la tenencia de la tierra, el problema agrario para este momento ya era muy grave y los campesinos, en su mayoría analfabetas, quienes sólo conocían la agricultura como medio de subsistencia, se vieron intimidados. Muchos de ellos se vieron obligados a desplazarse hacia las grandes ciudades y se apropiaron de las casas abandonadas durante el bogotazo. Otros, como mi abuelo, decidieron luchar y encontraron en nuevo movimiento, una esperanza frente a la desigualdad. Desafortunadamente,

esta nueva fuerza duraría muy poco.

Los campesinos, cansados de los despojos a mano de los grandes latifundistas, fueron desplazados de sus tierras por los militares, y por estos motivos, en 1964, nacen las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) en el sur del Tolima. Los campesinos se organizaron en búsqueda de una nueva reforma agraria que los incluyera de una manera justa. Las FARC entonces se iniciaron como una guerrilla de autodefensa que reivindicaba la lucha radical agraria, luego incorporaron el discurso marxista-leninista y, tras la caída de la Unión Soviética, el bolivariano de corte nacionalista (Noticiascaracol.com, 2016).

Las malas administraciones, las disputas, el descuido, el olvido, la indiferencia y las series de leyes incomprensibles para los campesinos, se reunieron para revelar la inconformidad del campo. Por su parte, mi abuelo, cansado de toda esta violencia contra los campesinos, decidió participar dentro de este grupo, allí aprendió a leer y a escribir y aprendió acerca del comunismo. Desafortunadamente la violencia al sur del Tolima se había agudizado, por lo que finalmente decidió marcharse, no sin dejar de lado su lucha y su ideología comunista. De esta manera, mis abuelos abandonaron su tierra en el Tolima y se desplazaron como muchos otros campesinos hacia la ciudad, conservando la esperanza de encontrar una tierra donde vivir tranquilos, lejos de esa violencia que había azotado al campo durante tantos años.

# La búsqueda de un lugar llamado hogar

En 1968, mis abuelos decidieron salir del Tolima sin olvidar su ideología comunista. Su primera parada fue el Quindío, donde se instalaron en un rancho[13] y montaron una pequeña tienda, pero la situación social en el lugar era muy compleja; mis abuelos veían robos frecuentes y percibían el acecho de la violencia que se acercaba. Los hombres mataban a sus esposas frente a sus hijos,

[13] El término rancho puede emplearse de diferentes formas. Uno de sus usos más habituales en Sudamérica refiere a la vivienda precaria, construida con pocos recursos (Pérez Porto & Gardey, 2013).

los asesinatos eran una constante, una situación que mis abuelos no estuvieron dispuestos a soportar. La violencia contra el campesino continuaba expandiéndose. Ya para ese momento mi mamá tenía dos años y mi tío uno, por lo que con dos hijos a cuestas, mis abuelos decidieron abandonar la finca y la tienda definitivamente.

Para este momento, las leyes agrarias intentaban solucionar problemas de mayor calibre. Los campesinos se enfrentaban contra los militares, las FARC luchaban contra el gobierno, los desplazamientos eran cada día mayores, las muertes y masacres poco a poco se habían convertido en el pan de cada día. Frente a este conjunto de situaciones mis abuelos no podían volver a campo por lo que decidieron como muchos otros, trasladarse a Bogotá, con la esperanza de llegar a vivir tranquilos y con un terreno propio.

En Bogotá llegaron al barrio Policarpa, donde encontraron algunos amigos en su misma situación que, al igual que ellos, buscaban un lugar para vivir. En este barrio duraron muy poco, pues encontraron una oferta para comprar un terreno por quinientos pesos en el pueblo de Fontibón, por lo que decidieron comprar la tierra y trasladarse. Finalmente, el sueño de tener un terreno escriturado se podía hacer realidad, un suceso con lo que quisiera concluir mi relato: diciendo que mi familia había encontrado un lugar tranquilo, alejado del conflicto, con una tierra propia y escriturada. Pero este sueño quedó lejos de la realidad pues los problemas sobre la tenencia de la tierra no sólo sucedieron en el campo, en medio de los conflictos agrarios y armados; estos problemas llegaron a las periferias de Bogotá y a la ciudad misma. Muchos barrios se formaron a partir de invasiones a terrenos baldíos que no se habían regulado. Algunas casas abandonadas durante El Bogotazo sirvieron de techo para las familias desplazadas y así, esta ciudad comenzó a expandirse a partir de los campesinos que habían abandonado el campo. Algunas personas aprovecharon esta situación de inestabilidad para estafar por medio de la venta de terrenos baldíos, dando paso a un nuevo problema sobre la tenencia de la tierra.

# Los engañados

Así, en 1973, se consiguió el terreno donde se construyó mi casa. Un cartel de venta, un terreno por quinientos pesos y unas escrituras "chimbas"[14], como mis abuelos le dicen a esa primera escritura que no valía nada. Mi abuelo nos cuenta cómo se había enterado de que el terreno que acababan de comprar había sido una estafa. En esa época era vendedor ambulante y caminaba por Plaza España, compró el periódico de un nombre que ya no existe pero que era muy popular en ese tiempo y en una de las páginas decía: "Invasión en el municipio de Fontibón". Mi abuelo leyó la dirección y en ese instante se dio cuenta que los habían estafado; les habían vendido un lote que ya tenía dueño. Uno de sus muchos amigos le dijo que para que nos les quitaran el terreno, tenía que armar un rancho rápidamente, cercar y decir que llevaba un tiempo viviendo allí. Mientras tanto, esa primera escritura falsa permaneció durante largo tiempo. Ese papel constituía la prueba del engaño en el que muchos habían caído por desconocer esas leyes que sólo favorecen a unos pocos. Ese papel fue la prueba de los notarios corruptos y de la gente que se aprovecha de la vulnerabilidad de los demás. Ese engaño no sólo afectó a mi familia, afectó a todas las familias habitantes del barrio, pero el problema no se descubrió sino hasta varios años después. Cuando el barrio creció, se fundó Provivienda[15], se construyó un salón comunal y durante un tiempo se vivió tranquilamente.

Por otra parte, en el campo durante la década del noventa, el conflicto había empeorado. Las FARC habían comenzado actividades relacionadas con el narcotráfico, los paramilitares realizaban torturas cruentas y la zona de batalla seguía siendo el campo. Aunque mis abuelos ya se habían asentado en Bogotá,

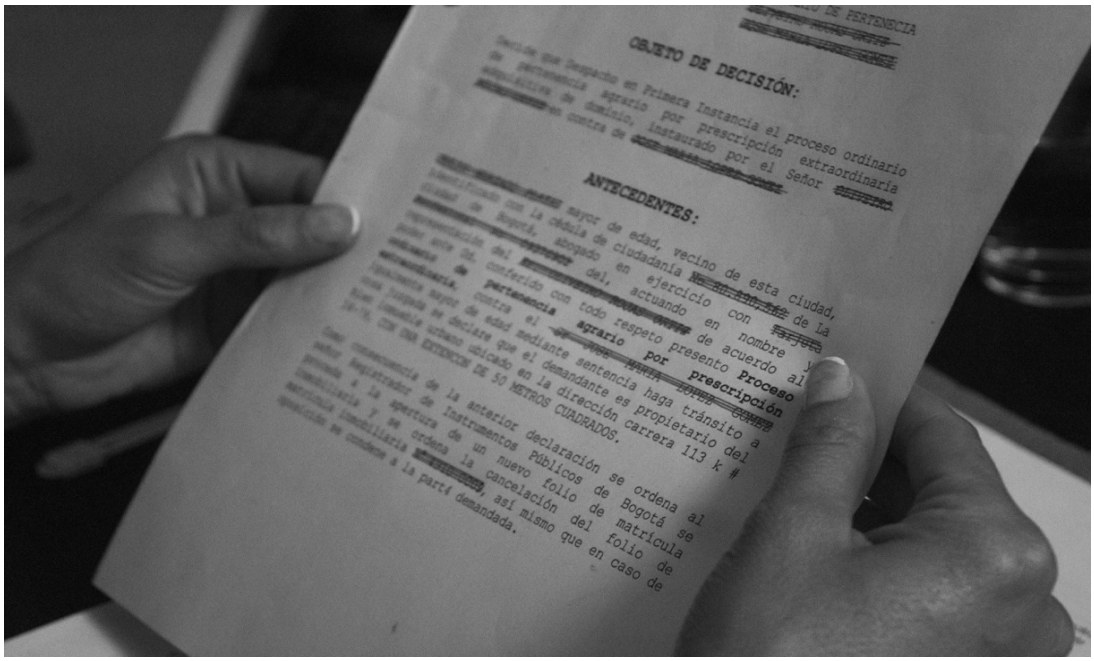
[14] En algunas regiones se utiliza para definir cosas falsas, malas copias o que resultan un fraude.

[15] Asociación sin ánimo de lucro, que inicia una lucha por la tierra y la vivienda digna de familias sin recursos para adquirir un predio y en condición de vulnerabilidad.

mis tíos, quienes permanecían en el campo, hablaban de vacunas[16] que cobraban los guerrilleros, los "paras", el ejército y toda la serie de grupos armados que posteriormente aparecieron. Nos habíamos olvidado nuevamente del campo, los terratenientes mantenían grandes extensiones, las personas desplazadas invadían los terrenos en la ciudad y la gente codiciosa aprovechaba esta condición para seguir engañando.

## El pleito por el predio

Y con las desgarradoras noticias provenientes del campo, la calma que se había mantenido había finalizado. Daba inicio entonces al pleito por mi casa. Recién habíamos ingresado al siglo XXI, cuando un día llegó la noticia de que el dueño del lote había aparecido y quería su terreno de nuevo. En ese lote se habían construido diez casas, donde vivían más de quince familias.




[16] Tipo de pago extorsivo a una banda o grupo criminal.

Finalmente, aquellas leyes que tanto nos habían doblegado en el pasado, acudieron para favorecernos. Después de largas visitas de peritos y abogados, de papeleos interminables, demandas, conciliaciones y toda esa larga burocracia, tan larga que parecía infinita, se emitió un documento que ponía fin a esa búsqueda de la tierra: una escritura firmada por un notario que ratificaba la casa como propiedad de mis abuelos, quienes, luego de 75 años habían encontraron la tierra. Legalmente habían obtenido un suelo para vivir, ya no pasarían más penas por buscar un terreno.

# Capítulo III

## No hay final

Con la legalización de mi casa quisiera decir que también habían regresado las vacas, las aromáticas, las historias y todos aquellos recuerdos que habían acompañado mi infancia. Pero la realidad de este país es otra y aunque deseara terminar esta historia con el final feliz, es imposible pensarlo en un país como el nuestro.

De nuevo llegó el día en que pude volver al Cerro. Mi familia paterna se había ido de allí después que sus vacas habían sido robadas, que mi abuelo muriera y que el Distrito, con un plan de ampliación de la vía, decidiera comprar la casa, para dejar una obra a medias, un terreno baldío y un cerro descuidado.

En ese día me di cuenta que la historia de mi familia se repite, que muchas otras familias pasaron, pasan y pasarán lo mismo que mis abuelos. Porque aquel día que volví al Cerro, después que mi familia había abandonado el lugar para que construyeran una vía que jamás se terminó, vi cómo nuevas familias desplazadas ocupaban el lugar donde viví alguna vez. Vi cómo rellenaban el cerro, cómo un papel firmado por un doctor posee más valor que una persona. Me di cuenta que no existe una regulación para la tierra porque los errores del pasado se mantienen; porque las malas directrices, realizadas desde la época de la Colonia, permanecen en los campesinos y en los terrenos baldíos; porque las reformas agrarias sólo benefician al amigo del director, del presidente, del funcionario público, del empresario del campo y no al campesino.
Esa es nuestra historia, una historia que repite sus errores, que no aprende. Porque somos aquellos que olvidamos a Bachué y preferimos adorar a los nuevos dioses: las leyes y los políticos que las manipulan. La tierra sólo es para quien la compra con engaños, la roba o la usurpa y dice que la adquirió de buena fe.

Porque al final la tierra es pa'l que...


TÍTULO: LA TIERRA ES PA'L QUÉ
ESCENA: 14
TOMA: 1
PLANO: Secuencia
DIRECTOR: Sandy Gómez / Camilo Restrepo
PRODUCTOR: Sandy Gómez
CÁMARA: Juan Camilo R
SONIDO: Teodoro D.
FECHA: 15/07/2014
LENTE:
VEL:

# Bibliografía


- Campbell, J. (1988). El poder del mito. Minicaja Editor digital. Recuperado de: http://assets.espapdf.com/b/Joseph%20Campbell/El%20poder%20del%20mito%20(8009)/El%20poder%20del%20mito%20-%20Joseph%20Campbell.pdf
- _____. (2000). El vuelo del ganso salvaje. Exploraciones en la dimensión mitológica. En Valenzuela, J. M. (Ed.), Entre la magia y la historia. (p. 15). Tijuana, México: Plaza Valdez Editores.
- Cajal, A. (2017). ¿Qué es el latifundismo? Lifeder. Recuperado de: https://www.lifeder.com/latifundismo/
- Castillo, A. & Uhía, A. (2009). Mitos y leyendas colombianas. Bogotá. Colombia: Grupo Editorial Educar.
- Congreso de la República. (1821). Constitución Primera de 1821. Recuperado de: http://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=13690
- Eliade, M. (1973). Lo sagrado y lo profano. Madrid, España: Ediciones Guadarrama.
- El Tiempo. (Julio, 2010). Gustavo Rojas Pinilla, la única dictadura del país en el siglo XX. El Tiempo. Recuperado de: http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-7821736
- Gutiérrez, J. (2015). Nota crítica a "El matadero" de Esteban Echeverría. Bogotá, Colombia: Instituto Distrital de las Artes - Idartes.
- Morales Mendoza, A. (N.A.). Colombia, tradición agraria. Colombia aprende. La red del conocimiento. Recuperado de: http://www.colombiaaprende.edu.co/html/productos/1685/article-166374.html
- Noticiascaracol.com (Septiembre, 2016). La historia de las FARC: 52 años de un doloroso conflicto. Noticias Caracol. Recuperado de: http://noticias.caracoltv.com/acuerdo-final/la-historia-de-las-farc-52-anos-de-un-doloroso-conflicto
- Ochoa, L., Mora, A. & Gómez, M. (2013). Derecho Agrario Para Notarios. Bogotá. Colombia: Editorial Kimpres Ltda.
- Partido Conservador Colombiano. (N.A.) Pensamiento y doctrina. Partido

Conservador Colombiano. Recuperado de: http://partidoconservador.com/pensamiento-y-doctrina/

- Partido Liberal Colombiano. (N.A.) Estatutos del Partido Liberal Colombiano. Partido Liberal Colombiano. Recuperado de: https://reformaspoliticas.files.wordpress.com/2015/03/colombiaestatutoplc2012.pdf
- Pelozatto, M. (2016, agosto). La encomienda en Hispanoamérica colonial. Revista de historia. Recuperado de: https://revistadehistoria.es/la-encomienda-en-hispanoamerica-colonial/
- Pérez, J. & Gardey, A. (2011). Definición de mestizo. Definición.de. Recuperado de: http://definicion.de/mestizo/
- _____. (2013). Definición de rancho. Definición.de. Recuperado de: http://definicion.de/rancho/

- Pérez, J. & Merino, M. (2009). Definición de criollo. Definición.de. Recuperado de: http://definicion.de/criollo/
- Pérez, J. (2016). Definición de baldío. Definición.de. Recuperado de: http://definicion.de/baldio/
- Quiñones Pardo, O. (1947). Botiquín Folclórico de Boyacá. Revista de Folklore, 2, 147-151.
- Revista Semana. (Noviembre, 2011). VIII-. Las guerras civiles por el poder entre las clases dominantes. Revista Semana. Recuperado de: http://www.semana.com/opinion/expertos/articulo/viii--las-guerras-civiles-por-el-poder-entre-las-clases-dominantes/324206
- Ruiz Rivera, J. (1975) Encomienda y mita en el siglo XVII. Sevilla, España: Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla.
- Rubino, F. (Mayo, 2017). Real Cédula. Clasesdehistoria.com. Recuperado de: http://www.claseshistoria.com/glosario/real-cedula.html
- SENA, (2007). La economía colonial 5. Biblioteca Virtual Biblioteca Luis Ángel Arango. Recuperado de: http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/ciencias/sena/periodismo/colonial/colonial2e.htm